

Muy querido Monseñor Jorge Aigner,
queridos hermanos,

todavía estamos meditando el mensaje de pascua en este tercer domingo de pascua, el mensaje de la resurrección de Cristo. Los apóstoles necesitaban tiempo para comprender todo lo que había sucedido en estos días en Jerusalem. Lentamente llegaron a alegrarse sobre la resurrección del Señor e incluso necesitaban la ayuda de Cristo para entender todo lo sucedido.

Pero a pesar de esto vemos en las lecturas de estos días que el mensaje de la resurrección tiene en si una fuerza enorme. Dentro de poco tiempo llega a muchos lugares y llega a muchas personas convirtiéndolas como si hubieran esperado ansiosamente esta buena nueva de una vida nueva y distinta.

En el primer tiempo después de la resurrección el mensaje enfrenta muchas dificultades. Los apóstoles no quieren creer que era verdad, después cuando empiezan a difundir la buena nueva en Jerusalem los oficiales judíos prohíben de que hablan de Jesus resucitado. Y cuando no les hacen caso los apóstoles los castigan, persiguen y encarcelan y matan a los nuevos cristianos. Pero nadie ni nada puede impedir que se difundiera la noticia de la resurrección del hijo de Dios.

Y algún día este mensaje poderoso - que hasta hoy en día no ha perdido nada de su novedad - llegó a un joven en Alemania, a un tal Georg viviendo cerca de Ratisbona en Bavaria. Hoy está aquí entre nosotros celebrando sus 50 años de sacerdocio. Y nosotros junto con él muy agradecidos por él y que dió una respuesta muy generosa al llamado de Dios, porque todos nosotros intuimos muy bien, cuanto nos hace falta el servicio de nuestros pastores. Te damos gracias, Jorge, que diste tu vida en respuesta al llamado de Cristo resucitado.

Quizá en cada historia vocacional se repite esta historia de los apóstoles incrédulos y asustados después de la muerte y resurrección de su Señor y como llegaron ellos a creer primero en la resurrección de Jesús y después a aceptar su misión en servicio del Señor. Y quizá también a este chico le costó trabajo comprender bien lo que Dios le pedía en este entonces. ¿Habría de verdad esta vida distinta, completamente nueva? ¿Habría al final esta entrega total a Cristo para toda la vida?, se preguntó de repente. ¿Seré capaz yo de prestarle a Dios todas mis fuerzas, mis talentos para todo mi vida para que siga el mensaje de la resurrección llegando al último rincón del mundo? - Pero Cristo le ayudaba también a este joven, como había aclarado las dudas de los apóstoles, como había vencido los miedos de los suyos. Y llegó a la alegría también el joven Jorge y dió su „Sí“ a su vocación como sacerdote.

Todos nosotros estamos en camino a decir decir nuestro „Sí“ completo e integral a nuestra vida que Dios no ha proporcionado. Esta es nuestra vida cristiana: crecer juntos en la fe en la resurrección de Cristo, que venció el mal y el pecado también en nosotros y a aceptar nuestra misión como testigos de esta gran victoria que hemos conocido en nuestra propia vida. Cuando los apóstoles sufrían esta gran desilusión de la muerte de Cristo y cuando vivían esta desesperación de no encontrar el cuerpo en el sepulcro, no se separaban los unos de los otros, sino se quedaron juntos. Solo los dos discípulos de Emmaus se habían marchado, pero fueron reintegrados por el mismo Señor resucitado al grupo de discípulos en Jerusalem.

No separarse sino guardar la unidad entre los creyentes. Esto también Mons. Jorge era tu afán en todos estos años de sacerdote. Hasta hoy en día muchos hermanos cuentan de sus primeras experiencias en la fe aquí en el catecismo en Santo Tomás Moro, tanto en el español como en el alemán. Tu sabías que para crecer en la fe hace falta la comunidad. La fe no sirve para vivirla solito. Tu sabías: Los niños tienen que conocer primero el gran don, que es la comunión de los fieles para entrar después en la comunión con su Señor. Tienen que experimentar lo significa formar

parte de la gran familia de los creyentes. Es impresionante el número de niños que tu reunías acá en esta parroquia para que den sus primeros pasos en la fe: ¡Más que 400 niños, atendidos por 80 catequistas cada semana en los salones de Santo Tomás Moro! Una labor tan necesaria, porque en la niñez se construye el fundamento de toda una vida. Y gracias a ti Monseñor Jorge muchos padres de familias practican hoy la fe, procuran de crecer en ella e intentan de trasmitirla a sus hijos, para que no termine la difusión de la buena nueva de la resurrección de Cristo.

Cuando Cristo resucitado se presenta a los apóstoles reunidos en el cenáculo, a modo de saludo y como expresión del don obtenido para ellos por su Pascua, les dice: „Paz a ustedes“, e inmediatamente añade: „¿Por qué se asustan?, ¿por qué surgen dudas en su interior?“. El Señor percibe el miedo y conoce las dudas o “razonamientos equivocados” que se levantan en sus mentes. Es el Señor que menciona primero las dudas y los miedos, no espera hasta que ellos cuenten sus experiencia penoso de no poder creer en la resurrección. Jesús había aparecido ya varias veces: a las mujeres junto al sepulcro, a los discípulos de Emmaus, pero muy flemáticos los discípulos llegan a creer. El Señor no los regaña por ello, sino percibe y entiende las dudas y los miedos de los suyos.

Este tipo de pastores necesitamos también en nuestros días. Un sacerdote capaz de compadecerse de nuestras debilidades. Seguramente hubiera muchos ejemplos de tu vida, Jorge, que pudieran ilustrar, que tu también tenias este don del buen pastor con mucha paciencia. Por ejemplo como te encargabas de los maestros de un colegio en Brasil, donde te habían mandado muy joven como director. En una situación de injusticia y de disturbios, tu los reunías a estos maestros para que puedan expresar sus dudas y miedos. Tu querías escuchar a esta gente y darles la oportunidad de reunirse para platicar sobre sus preocupaciones. Algo que para nada gustaba al gobierno que se metió contigo hasta que finalmente tuviste que salir del país por unas amenazas muy fuertes.

Pero entran aquí también muchas situaciones de tu vida como pastor de almas. Como diste posada generosamente a un hermano sacerdote jesuita que no tenía donde quedarse por estar rechazado por sus hermanos. Tus acampamentos anuales con los jóvenes y los grupos juveniles y los muy famosos grupos y coros juveniles. Muchos de ellos que formaban parte de estos grupos están hoy entre nosotros, algunos vinieron de muy lejos para estar aquí contigo. Muchos de ellos encontraron su misión a través de la actividades del grupo juvenil. Muchos encontraron su pareja en uno de estos grupos y siguen viviendo un matrimonio católico.

El que se ha encontrado con Cristo resucitado se siente llamado a una misión más allá de lo privado, más allá del bienestar económico. El que tuvo este encuentro escucha la voz del Señor: Vayan y anuncien la buena nueva. El que se encontró con Cristo se encuentra en una situación de misión, no necesariamente a predicar delante de los demás sino en primer lugar en la de la lucha con las dificultades de cada día, en las situaciones de cansancio, de desorientación y de aislamiento, de enfermedad y separación.

Para aceptar y superar estas situaciones necesitamos ejemplos y también pastores que nos animan. Por eso te damos gracias, Jorge, que algún día aceptaste esta misión. Gracias que te dejaste mandar como misionero y maestro, como sacerdote y pastor. Gracias que dabas a tantas personas una idea que significa encontrarse con Cristo y recibir de él perdón, ánimo, una misión que sirve para toda la vida, la verdad que aclara las dudas, una pareja con quien vivir en el matrimonio y mucho más. Todo esto tiene su origen en el primer movimiento de la resurrección. Desde ahí empezó todo. Y en los que se dejaban motivar por ella podemos observar la fuerza enorme que todavía tiene este mensaje.